

CAPITALISMO HUMANO*

CHIAKI NISHIYAMA**

La Epoca de Crisis

La situación actual de varios países en el mundo se parece de un modo sorprendente a la de los países europeos a fines del siglo xvi, la que a menudo ha sido descrita como la "época de crisis" (p. ej. Devries, 1976). En ese entonces, estos países se vieron enfrentados a una crisis energética por el agotamiento de leña y de carbón. Con el fin de descubrir, explotar y aprovechar alternativas energéticas bajo la forma de carbón, las personas de esa época aparentemente tuvieron que enfrentar dificultades mucho mayores que las que podemos imaginar hoy en día. Su desarrollo agrícola ya había alcanzado límites definidos, más allá de los cuales no sólo llegó a ser imposible un mayor progreso, sino también prevenir la decadencia, a menos que se permitiera la realización de una reforma agraria radical. Sin embargo, casi todos los gobiernos no sólo vacilaron sino que se opusieron enérgicamente a la presión de la inevitable necesidad de la reforma agraria; en cambio, fortalecieron la imposición de un sistema bajo el cual los pequeños agricultores bajarán parcelas fragmentadas de tierra. Más aún, la cantidad de tierras que ya no se cultivaban seguían aumentando, no en razón de la escasez de incentivos gubernamentales debido a la insolvencia de los programas de subsidio de precios, como lo observamos actualmente en varios países, sino por la creciente necesidad de dejar los campos en barbecho durante períodos cada vez más largos para que recuperaran su fertilidad.

Sin embargo, el resultado final fue muy similar a la situación actual. Ambas coyunturas produjeron efectos secundarios cada vez más negativos, tales como la proliferación de malezas, la reproducción de

* Este artículo corresponde al discurso que en su calidad de Presidente pronunció en la Reunión Regional de la Sociedad Mont Pelerin en Estocolmo en 1981, y se publica por cortesía y expresa autorización del Profesor Nishiyama.

** El Profesor Chiaki Nishiyama, Ph. D. de la Universidad de Chicago, es miembro de la Hoover Institution y de la American Enterprise Institute. Actualmente es Presidente de la Sociedad Mont Pelerin.

insectos nocivos y la contaminación del agua de riego. En el siglo xvi, Europa también experimentó un largo periodo de clima anormal, fenómeno que parecía una ligera reaparición de la época glacial. En los diez últimos años, más o menos, también hemos estado experimentando un clima bastante inusual en varios lugares del mundo.

En el siglo xvi en los países europeos, tanto los gastos como las deudas del Estado siguieron aumentando y por necesidad llegaron a originar tasas tributarias más altas y a ampliar cada vez más las bases imponibles. La población europea de esa época de crisis estaba muy consciente de la existencia de estos problemas y de hecho se propusieron diversos planes de reformas gubernamentales, a tal punto que esa época llegó a conocerse como la "época de los reformadores" (Cf. *ibid.*, pp. 27-29). Sin embargo, los dirigentes gubernamentales no tuvieron la voluntad para llevar a la práctica aquellos programas de reforma y, en cambio, sucumbieron fácilmente a las presiones y a la resistencia de grupos de intereses particulares.

A excepción de Escocia e Inglaterra, los países europeos carecían básicamente de ideas y filosofías adecuadas a la deseada reforma. Irónicamente el Renacimiento y la Reforma en Europa, que supuestamente habían liberado al individuo de las cadenas feudales sustentadas por la filosofía tomística, en esencia no eran más que el resurgimiento del racionalismo platónico. Este resurgimiento convenció más que nunca a las personas de la sabiduría del gobierno de elite; es decir, que la acción necesaria para mejorar la deplorable situación actual debía ser realizada y podía llevarse a cabo racionalmente por la escogida minoría que controlaba el gobierno. Los países europeos como Francia, contaban con una larga historia de la filosofía del *laissez-faire*, pero esta filosofía era sólo una versión de la posición racionalista respecto de la necesidad de un gobierno coercitivo (o un gobierno que un intelectual contemporáneo podría describir como "activista"), a cuyos miembros les estaba permitido manejar libre y arbitrariamente, en la forma que estimaran conveniente las políticas o planes específicos.

Este carácter ultrarracionalista de dicha posición, posteriormente iba a clarificarse mucho más por los fisiócratas, enciclopedistas (en la época de la Revolución Francesa), marxistas, socialistas, fascistas, auspiciadores del estado benefactor, keynesianos, partidarios de una economía mixta, y así sucesivamente; aunque, por supuesto, con significativas variaciones.

El surgimiento y proliferación de gobiernos absolutos en Europa continental desde fines del siglo xvi pueden ser explicados sólo en términos de una orientación filosófica común a toda la élite intelectual de la época. En Europa continental, un gobierno tras otro intervino en la actividad económica del sector privado otorgando privilegios especiales o entregando subsidios y poderes monopólicos a algunas personas o grupos particulares. Los gobiernos también establecieron altas y rígidas barreras arancelarias, incluso algunas totalmente prohibitivas, como en Francia, promoviendo así fuertemente el proteccionismo por

toda Europa. Desafortunadamente aquellas medidas mercantilistas no sólo fracasaron en mejorar el destino económico de la gente, sino que incluso ayudaron a agravar la situación. Sólo en Inglaterra el mercantilismo disminuyó con bastante rapidez, en comparación con los países de Europa Continental. En ese país se había logrado imponer la Carta Magna, ya a comienzos del siglo XIII, la que obtuvo posteriormente el refuerzo del reconocimiento de la libertad individual obtenida a través de las dos guerras civiles del siglo XVII. En Inglaterra la reforma agraria, también imperiosamente necesaria, se realizó con osadía cercando las tierras comunes. Por supuesto este movimiento llegó a ser amargamente deplorado por aquellos intelectuales románticos como Ferdinand Toennies y aquellos socialistas de élite, como Karl Marx, tiempo después. Sin embargo, es un hecho claro e innegable que sólo gracias al éxito del cercamiento, el pueblo inglés pudo gozar de productos agrícolas relativamente baratos e incluso pudo exportarlos; en otras palabras, se vieron favorecidos con un rápido aumento del ingreso real desde el siglo XVIII hasta comienzos del siglo XX.

El trasfondo sociorracial único del pueblo inglés ayudó básicamente a establecer los derechos fundamentales del individuo, mucho antes y en mejor forma que los pueblos de otros países. Sin embargo, no podemos pasar por alto el hecho de que en Inglaterra, su tradición intelectual también desempeñó un papel primordial en el desarrollo del liberalismo, según nuestro concepto de la palabra. El profesor F. A. Hayek insistía en la importancia de establecer un sistema de principios generales para describir nuestra "utopía", como también en el "coraje" de reflexionar sobre tal utopía para dar origen a nuestro tipo de sociedad libre. Afirmó, por ejemplo, que "sólo manteniendo en alto constantemente la concepción directriz de un modelo internamente consecuente que pudiera realizarse mediante la aplicación consistente de los mismos principios, se lograría algo que se pareciera a un esquema efectivo para que funcione un orden espontáneo" (Hayek, 1973, pp. 59-65). Si actualmente nos viéramos enfrentados a problemas tan serios como los que afrontaron los europeos durante esa época de crisis, tendríamos mayor necesidad de un esquema fundamental que nos pudiera mostrar la dirección hacia la cual debiéramos apuntar y la vía de orientación que debiéramos adoptar por nosotros mismos. Bajo este contexto, Inglaterra también sirve de excelente "ejemplo" (en el sentido de Thomas Kuhn, cf. Lakas y Musgrave, 1974, p. 272) para las condiciones económicas de Europa en el siglo XVI (véase De Vries, 1976).

La Tradición del Nominalismo

Al examinar la emergencia del liberalismo en Inglaterra, no debemos pasar por alto el hecho de que la tradición intelectual del pueblo inglés que se llegó a conocer como nominalismo, tiene una historia muy larga en Escocia e Inglaterra, países que fueron unificados por el Acta de Unión en 1707. En la medida en que la gente se convenza de que la

esencia del universo, del mundo o del bien supremo puede conocerse y captarse, por lo menos por algunos individuos, o de que la verdad necesaria puede ser descubierta al menos por filósofos o científicos, les es natural y fácil convencerse que la situación que los rodea, que casi siempre parece imperfecta y por lo tanto inadecuada, o incluso, de una u otra forma deplorable para la mayoría de las personas, puede ser mejorada fácilmente desde arriba por la minoría escogida, la cual actúa de acuerdo a algún sistema racional de principios descubiertos y manejados por ella. El nombre dado a esta visión del mundo o enfoque es esencialismo.

En contraste con ese esencialismo, el nominalismo afirma, en las palabras de David Hume por ejemplo, que "en resumen, pues, cada efecto es un hecho diferente en su principio. Por lo tanto, no podría ser descubierto en ese instante; y la primera concepción de él, *a priori*, debe ser totalmente arbitraria" (Hume, 1748, sec. 4). Es decir, como los nominalistas, junto con Immanuel Kant, creen, la cosa en sí misma no puede ser conocida por ningún ser humano. La tradición del nominalismo la estableció por primera vez un filósofo escocés, Johannes Duns Scotus (1266/74-1308) durante el siglo XIII. Afirmó que toda verificación a posteriori era de una necesidad sólo contingente en su contenido de verdad e incierta en su naturaleza básica. Más aún, diferenciándose de Santo Tomás de Aquino (1225/26-74), él insistía en que el universo podía existir sólo en la realidad final del individuo y que éste podía ser descubierto, no en cuanto a la materia pero sí en cuanto a la forma, más específicamente, en cuanto a la forma que era exclusiva para un objeto individual (*individuum*) o, según el término de Duns Scotus *haecceitas*. El origen intelectual tanto del individualismo como del liberalismo en Inglaterra debe encontrarse en estas afirmaciones nominalísticas de Duns Scotus (Cf. Harris, 1959 y Walter, 1962).

Esta tradición fue fortalecida aún más por un filósofo inglés, Guillermo de Ockham (1285-1349/50), durante el siglo XIV. Según él sólo la intuición cognitiva (*notia intuitiva or cognitio intuitiva*) podía ser considerada capaz de captar la verdad de la certeza; tales conceptos universales como ser el concepto genérico o el concepto de las especies, sólo podían existir como meras palabras (*terminus*) o nombres (*nomen*) y debían ser considerados como la voz del viento (*flatus vocis*). Gracias a sus trabajos, como también a los de su antecesor, Roger Bacon (1210/14-1292), Inglaterra llegó a producir sistemáticamente la tradición de la ciencia empírica (*scientia experimentalis*) antes que cualquiera sociedad en la historia de la humanidad (Cf., p. ej., Moody, 1935 y Easton, 1952). La escuela del nominalismo declaró que todo lo que se percibiera por mera intuición cognitiva no podía ser considerado aún como conocimiento; primero tenía que pasar por la abstracción cognitiva (*cognitio abstractiva*). Quizás podamos clasificar el desarrollo histórico de la filosofía en Europa hasta fines del siglo XIV en tres categorías: los platónicos, los tomistas aristotélicos y los nominalistas. Los platónicos insistían en que lo universal existía antes que lo indi-

vidual (*o universalia ante rem*); los tomistas aristotélicos afirmaban que lo universal existía en un objeto individual en sí (*universalia in rebus*), y los nominalistas sostenían que lo universal existía únicamente después que aparecía el fenómeno individual (*universalia post rem*). En cuanto a la posibilidad de establecer la verdad necesaria, los nominalistas llegaron a negar la posibilidad no sólo de una verificación a priori, sino también de una verificación a posteriori. Sólo cuando fue liberada por los nominalistas de las trabas intelectuales de la verdad necesaria, tradición creada por los platónicos y los tomistas aristotélicos, la humanidad pudo gozar primero del libre albedrío y más tarde de la libertad individual en general.

La Nueva Indigencia creada por el Estado Benefactor

Hoy en día estamos enfrentados al problema de la multiplicación continua tanto de los gastos como de las deudas del Estado, del aumento tanto del peso de los impuestos como de las altas tasas de interés real y de la consiguiente disminución de la creatividad espontánea y vigorosa, como también de la productividad dinámica en el sector privado. Todo esto ha originado inevitablemente una reducción, primero en la tasa del crecimiento económico en términos reales y, luego, en el nivel de la productividad nacional real interna en muchas naciones del mundo. La inflación es desenfrenada; sin embargo, la tasa de desempleo también es alta. La combinación de estos dos factores, que recientemente se denominó "estagnación",* es frecuente en muchos países del mundo. Las políticas de bienestar social, que supuestamente debían mejorar el nivel de vida de la gente, han empezado a originar, en cambio, la disminución de la "torta" misma en varios países. En la ilusión de que el intento por igualar el ingreso tendría éxito no sólo en ello, sino que también en aumentar el bienestar, la gente ha estado absorba en esfuerzos por conseguir para ellos mismos porciones cada vez más grandes de la torta. En el proceso, no sólo han olvidado la necesidad de agrandarla, sino que incluso se han vuelto hostiles a los intentos de las empresas comerciales dirigidas a invertir en equipos e industrias y, en consecuencia, a aumentar la productividad del sector laboral. El resultado final de todo esto ha sido y será la indigencia del público en general.

Irónicamente y en tiempos recientes, en los estados benefactores (welfare states) los entusiastas esfuerzos para igualar a los seres humanos casi siempre han creado nuevas desigualdades y las han ahondado aún más. Miremos de frente a la realidad. ¿Qué sistema progresivo de impuestos no ha creado a la larga nuevas desigualdades en los ingresos de los individuos? ¿Dónde no ha creado el igualitarismo en la instrucción pública una situación en la que los padres con hijos más

* N. del T. "Stagnación", proceso de estancamiento e inflación.

capacitados y con altos ingresos no hayan empezado a gastar sumas cada vez mayores de dinero para educarlos fuera del sistema educacional público? ¿Quiénes han obtenido los mayores beneficios de las instituciones de educación superior cuyas matrículas han sido nominales o muy económicas? Es verdad que la creación de tales instituciones probablemente estimulará a la gente a alcanzar un nivel de educación superior, como lo ha hecho en el pasado. Sin embargo, a menos que estas instituciones acepten libremente a cualquier estudiante o que éstos se gradúen sin considerar seriamente su nivel académico, la competencia entre estudiantes está destinada a ser cada vez más intensa. Con el fin de permitir a sus hijos superar una competencia tan dura, los padres tendrán que enviarlos a mejores establecimientos de enseñanza secundaria, tendrán que vivir en barrios en que existan dichos establecimientos, dar a sus hijos una habitación propia y así, en suma, tendrán que gastar cada vez más en la preparación educacional fuera del sistema público, creando así nuevas desigualdades educacionales.

¿Qué programa nacional de seguro médico ha impedido la consiguiente aparición de una situación inhumana en la que los servicios médicos poco onerosos combinados con dosis excesivas de drogas y de inyecciones se encuentran prontamente disponibles para los que sufren de leves resfríos o trastornos estomacales, pero no así la hospitalización inmediata para los afectados por enfermedades o lesiones serias? Por lo que se ha dado en llamar efecto de vecindad, es posible que las personas tengan que ayudar financieramente, a través del Estado, a los aquejados por incapacidades mentales o físicas. Como la inversión estatal es asignada, sin embargo, directamente a hospitales y sanatorios, es casi inevitable que los incapacitados se conviertan cada vez más en un medio de explotación por parte de las instituciones mencionadas. Y ya que les hablo desde la ciudad capital de Suecia, quisiera referirme brevemente a este país, en relación con lo que he expuesto hasta aquí. Aunque no podría con certeza predecir el futuro de la economía sueca porque no estoy bien informado de la situación en este país, me atrevería a adelantar que el nivel de ingresos reales de los suecos se verá radicalmente reducido durante la década entrante, a menos que los suecos emprendan reformas definitivas en sus instituciones y planes político-económicos.

En este contexto, vale la pena recordar que bajo los gobiernos activistas en Europa, durante los siglos XVI y XVII, los pobres fueron los que más sufrieron, tanto por las políticas proteccionistas como por el incesante aumento de los impuestos. Y hoy día nuevamente estamos presenciando un llamado al proteccionismo, con el inminente peligro de un resurgimiento de las economías controladas y de las sociedades reglamentadas, como las que tuvieron los europeos a fines del siglo XVI. Frente a estos serios problemas, imperiosamente necesitamos una filosofía, una ideología (cf. Hayek, 1973, pp. 59-60) si ustedes quieren, según la cual podamos orientarnos hacia la creatividad y la prosperidad, como fue capaz de hacerlo Inglaterra a fines del siglo XVII.

El Estado Caótico de la Filosofía Contemporánea

El estado actual de la filosofía es caótico, esto es, una confusión o desaparición completa de la filosofía en el correcto sentido del término. En los últimos treinta y cinco años, o tal vez cincuenta, nosotros, especialmente los miembros de la Sociedad Mont Pelerin, hemos confiado en nuestro colega, el profesor Karl Popper, quien ha proporcionado las bases filosófico-metodológicas a nuestras actividades científicas. En pocas palabras, su "principio de falsabilidad" nos ha permitido distinguir las teorías científicas de las afirmaciones no científicas. Desde la era de Stanley Jevons, por lo menos, el método hipotético-deductivo, en combinación con un procedimiento de contrastación que supuestamente verificaba cualquier teoría científica mediante la comparación de evidencias, había sido el instrumento clave del análisis científico. Sin embargo, algunos pensadores se han dado cuenta de que este método carece absolutamente de toda base confiable de validez universal. No existe una filosofía ni una metodología que garantice el método para descubrir la verdad fundamental. Así Alfred North Whitehead, por ejemplo, describió su fundamento como "convicción instintiva". Según él, se trataba de la "inexpugnable creencia de que cada acontecimiento en detalle puede ser correlacionado con sus antecedentes de un modo perfectamente definido, ejemplificando principios generales (Whitehead, 1948, p. 12).

Era ésta una creencia loable, pero aun así, nada más que "fe ingenua e instintiva" (ibid., pp. 4, 13, 14 y 17). Fue por lo tanto satisfactorio que el Profesor Popper afirmara el principio de falsabilidad. Aunque este principio anulaba claramente toda posibilidad de verificación, lograba, o por lo menos parecía que lograba, rescatar las teorías científicas del abismo del escepticismo o del irracionalismo, al afirmar la posibilidad de la falsación. Es decir, el principio de falsabilidad requería que toda teoría científica constituyera no solamente un sistema hipotético-deductivo, sino también una proposición de contenido empírico. Así excluía ciertos estados de cosas observables que empíricamente podían refutarse. En realidad, suele ser relativamente fácil encontrar evidencias favorables que verifiquen y prueben nuestras teorías. Sin embargo y de acuerdo con la "lógica de investigación científica" del profesor Popper, los científicos debían formular sus teorías en forma y en contenidos *lo más falsable que fuera posible*, es decir, se les obligaba a aumentar el contenido empírico al máximo. Pero, por supuesto, incluso cuando no conseguimos falsar una teoría, no debemos considerarla como la verdad necesaria o la verdad de la certidumbre, sino como mera verdad contingente o hipótesis de trabajo, es decir, considerarla verdadera hasta que un nuevo hecho observado la false. El profesor Popper aseguraba que continuados esfuerzos divididos para, por una parte, desarrollar sistemas hipotético-deductivos con un exceso de contenidos empíricos y, por otra, para falsarlos tanto como fuera humanamente

posible, conducirían a un crecimiento continuo y acumulativo del conocimiento científico.

Aunque muchos académicos sin duda no estaban realmente convencidos de la confiabilidad de la metodología de Popper y se sentían incómodos al ponerla en práctica, los científicos produjeron una teoría tras otra, creyéndolas científicas, bajo el lema de "la ciencia positiva". Luego, en 1962, Thomas Kuhn publicó *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, donde insistió en que el desarrollo del conocimiento científico podía ser continuo, como lo sostenía el profesor Popper, *solamente en el marco de lo que él llamaba "ciencias normales"*, que se sustentaban en los por él denominados paradigmas, pero que dicho conocimiento se interrumpía tan pronto como el paradigma fuera reemplazado por una revolución (dentro de la ciencia).*

Uno de los argumentos fundamentales de Kuhn era que aquello que se consideraba como "hecho", en un esfuerzo por falsar una teoría, era nada más que "un término de aplicación solamente intrateórica" (cf. Lakatos y Musgrave, 1974, pp. 265-66). En términos más simples, aquellos que supuestamente se consideran hechos, pueden no serlo en absoluto cuando se usa un enfoque teórico fundado en un paradigma completamente distinto al paradigma anterior. Esta declaración causó un cambio significativo en la filosofía de la ciencia, es decir, el problema central dejó de ser la lógica del descubrimiento científico para convertirse en el de la lógica del crecimiento científico y, más específicamente, si su *crecimiento revolucionario* era realmente posible. Desde entonces los partidarios de Popper han hecho diversos esfuerzos por salvar de la ruina a la metodología filosófica del profesor Popper. A pesar de todos estos esfuerzos, la propia metodología de Popper ya no es la misma que en su versión original. Imre Lakatos, por ejemplo: 1) reemplazó el concepto de teoría por el de series sucesivas de teorías que llamó "programa de investigación" (research program); 2) inventó el concepto de "cinturón protector" (protective belts), el cual se ubicaría alrededor del "núcleo sólido" (hard core) de un programa de investigación científica, y 3) empezó a insistir en que si ambos, los cinturones protectores (protective belts) y los núcleos sólidos (hard cores) siguieran siendo valorados por su falsabilidad o refutabilidad, todavía existirían algunos factores *retrospectivos* en semejantes valoraciones (ibid., pp. 91-96). Así, fue natural que Lakatos terminara negando uno de los puntos esenciales de la metodología filosófica del profesor Popper, el concepto de "experimento crucial" (ibid., pp. 156-157, 167-173).

Lakatos tuvo razón en sostener que "algunos de los programas de investigación más importantes en la historia de la ciencia estaban insertos en programas anteriores en flagrante inconsistencia con ellos". Asimismo, estaba en lo correcto al enfatizar la importancia primordial de la competencia no solamente entre las distintas teorías, sino también entre los distintos programas de investigación (ibid., pp. 120, 142, 158

* N. del T.

y 172). Pero Lakatos no parece haber dado respuesta al problema central planteado por Kuhn, y más tarde también por Paul Feyerabend, es decir, el problema de la inconmensurabilidad entre paradigmas totalmente diferentes, programas de investigación o conocimiento básico (Feyerabend tiene razón al hacer hincapié en que, por ejemplo, "el conocimiento... no es una serie de teorías autoconsistentes que convergen hacia una visión ideal; no es una aproximación gradual a la verdad. Es más bien un océano de alternativas mutuamente incompatibles (y tal vez incluso inconmensurables) en permanente aumento, donde cada teoría individual... fuerza a la otra a una mayor circulación y donde ellas contribuyen, mediante este proceso de competencia, al desarrollo de nuestra conciencia" (Feyerabend, 1975, p. 30; ver también cap. 7). Sin embargo, está absolutamente equivocado cuando identifica el crecimiento revolucionario del conocimiento con el marxismo-leninismo-maoísmo (cf., *ibid.*, pp. 17, 18, 145, 147 n.). Innumerables ejemplos históricos atestiguan que este tipo de revolución ha sido siempre el comienzo de la asfixia del crecimiento del conocimiento; la reglamentación y la convergencia forzada de diferentes teorías hacia la doctrina oficial. Las revoluciones más fabulosas del conocimiento las encontramos en cambio en períodos de florecimiento de la libertad individual, en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, en los Estados Unidos durante los siglos XIX y XX, en la Alemania Occidental y el Japón de posguerra y surgirán durante la revolución venidera de los derechos individuales y la libertad. El profesor Popper todavía niega toda posibilidad de semejante inconmensurabilidad o del surgimiento de un paradigma totalmente nuevo, insistiendo en que afirmar semejante posibilidad es "relativismo histórico" y augurar tal sistema teórico ("una forma de ver por excelencia", en los términos de Margaret Masterman) engendra el peligro de resucitar el irracionalismo, el misticismo, el escepticismo, etc. . . . (*ibid.*, pp. 55-57 y 77). Todos los metodólogos filosóficos en sus discusiones desarrollaban argumentos casi estrictamente en términos de acontecimientos en la historia de las ciencias naturales. Esto se debe probablemente a que estaban convencidos de que las ciencias sociales no eran tan explícitas, precisas, controlables, mensurables, concretas o empíricas como lo eran las ciencias naturales. Si este fuera realmente el caso, debo decir que su criterio no es muy serio, pues sus discusiones parecen haber sido desatadas por el avance trascendental de las ciencias naturales donde el experimento controlado, en el sentido original del término, se está haciendo rápidamente imposible y donde los científicos se están dando cuenta cada vez más de que las "observaciones" difieren de la observación en el sentido de que no pueden ser percibidas, sin ayuda, por los meros sentidos (*ibid.*, p. 98).

El profesor Hayek, en su trabajo psicológico titulado "The Sensory Order" (1952), sostenía que el principio básico del conocimiento humano era la clasificación. También revivió el concepto de gestalt. Kuhn también sitúa su afirmación fundamental en términos de un "cambio gestáltico" (gestalt switch) (cf., e.g., Kuhn, 1970, p. 120; Lakatos y Musgrave, 1974, p. 231). Es más, el tema central de los debates ya menciona-

dos ha sido el de que si es posible la clasificación de estímulos, en el sentido usado por el profesor Hayek, sin criterios definidos. Kuhn postula que existe una facultad adquirida para agrupar en clases objetos y situaciones de acuerdo a su similitud, las cuales son primitivas en el sentido de que la agrupación se lleva a cabo sin responder a la pregunta: "¿similares respecto a qué?" (Kuhn, 1970, p. 200 y Lakatos y Musgrave, 1974, p. 274). Dicho de otra manera, Kuhn insiste en que cada vez que sucede un cambio revolucionario en el conocimiento científico, algunas de las relaciones de similitud entre los estímulos que se perciben pueden cambiar, ordenándose así los estímulos en clases completamente diferentes. Por el contrario, el profesor Popper sostiene que sin un criterio invariable no hay clasificación posible, y afirma que "una comparación crítica de las teorías en competencia y de los esquemas en competencia es siempre posible" (Lakatos y Musgrave, 1974, p. 57).

Ahora preguntemos qué significa "heurístico" (cfr., *ibid.*, pp. 173-177) para nosotros, los que creemos en una sociedad libre. ¿Acaso queremos significar mediante este término un proceso de autoenseñanza, autoaprendizaje y descubrimiento de algo nuevo a medida que avanzamos en la vida? ¿O queremos decir que, incluso en una sociedad libre, lo heurístico sólo llega a ser posible cuando está fundamentalmente enmarcado por una determinada estructura invariable, común a los miembros de una sociedad libre? En otras palabras, podemos preguntar, por ejemplo, ¿cuál es la diferencia significativa entre nuestro sistema de teorías y la ideología del marxismo? ¿Se trata de la diferencia de algunas hipótesis auxiliares o de parte de los cinturones protectores (protective belts), o de los esquemas teóricos, (o de las ideologías) mismas. Muchos de nosotros, incluso yo mismo, los que no compartimos la visión marxista del mundo, hemos estado usando el término *capitalismo* para describir el tipo de sistema económico que hemos estado intentando defender, así como mejorar y promover. ¿Pero realmente se puede mantener esta práctica o carece de contenido empírico significativo?

Economía materialista e inhumana.

Al responder esta interrogante que yo mismo me he formulado, me convencí de que deberíamos describir nuestro tipo de orientación económica como "capitalismo humano". Cuando digo que el marxismo es materialista, seguramente los marxistas no se quejarán sino que aceptarán mi afirmación feliz y orgullosamente. Después de todo, su fundamento filosófico es lo que ellos mismos llaman el concepto materialista de la historia. Sin embargo, mediante el término *materialismo* doy a entender la falta total de humanismo o, en breve *inhumanismo*. Es decir, me refiero a que el sistema marxista de teorías se basa en un paradigma *inhumanista*. Estoy seguro que esta afirmación está destinada a provocar la ira, no sólo de los marxistas, sino también de aquellos que de algún modo u otro simpatizan con su ideología. Esto se debe a que, a pesar de que su marco teórico es el concepto materialista de la historia o el llama-

do materialismo dialéctico, ellos están convencidos de que todas sus teorías están finalmente dirigidas al mejoramiento revolucionario de la sociedad y el de la vida humana. Después de todo, Karl Marx expresó en el prólogo de *El Capital* que incluso si una sociedad ha ido por el correcto camino en el descubrimiento de las leyes naturales de su progreso... no puede salvar mediante osados saltos, ni remover mediante estatutos legales, los obstáculos que presentan las sucesivas fases de su desarrollo normal. Pero puede disminuir y aminorar los sufrimientos del nacimiento (Marx, 1887, pág. 10). Sin embargo, mientras su teoría del valor del trabajo fue un intento serio de analizar en forma científica el concepto del valor en la tradición de David Ricardo, Marx consideraba al trabajador no sólo como una persona que únicamente tenía fuerza de trabajo para vender, sino también como una persona que era una construosidad incapacitada, estúpido e ignorante" (ibid., págs. 360-362).

Con el fin de aclarar este punto, Marx citó detalladamente a Adam Smith y Adam Ferguson, los dos grandes escoceses que establecieron el fundamento teórico para nuestro tipo de sociedad libre, probablemente debido a su ardiente deseo de hacer lo más verosímil posible su definición de trabajador. El punto decisivo de su argumento era la degeneración inevitable de los trabajadores bajo lo que él llamó el sistema capitalista. Por tanto, evitó intencionalmente citar también la conclusión del mismo artículo de Smith, del cual había sacado la parte anteriormente mencionada y en el que Smith finalizaba sus argumentos poniendo énfasis en la necesidad y el deseo de educación para el público en general (Smith, 1937, pp. 716-740). El resultado final de todos los esfuerzos de Marx fue un fracaso al no darse cuenta que la fuerza de trabajo podría ser incrementada en gran medida mediante la educación, y que incluso, los detestables capitalistas podrían acoger dicho mejoramiento precisamente debido a la avaricia que Marx tanto odiaba. Afirmaba que los capitalistas aprovecharían cada vez más lo que él llamó la plusvalía producida por los trabajadores a medida que los sistemas capitalistas alcanzaran mayores niveles de desarrollo. Pero la lección histórica que hemos aprendido desde la época de Marx es que mientras más inversiones en equipo e industrias se han hecho, según el estilo capitalista, mayor ha sido la fuerza de trabajo o la productividad laboral y más grande la participación de los trabajadores en las utilidades del modelo capitalista. Al no comprender este hecho, Marx ha condenado a los trabajadores a situaciones miserables como las que él describió, y que se dan cada vez más en los países socialistas. Debido a su preocupación materialista sólo vio máquinas y medios de producción y fue incapaz de advertir el aspecto humano de la economía. Por esta razón, sólo es una consecuencia natural que el marxismo haya producido modos de vida tristes y deshumanizados para el público en general, sin mencionar la proliferación de campos de trabajo forzado, denominados sanatorios, y otras situaciones similares.

En realidad, no sólo los economistas marxistas, sino que también los no marxistas han sido incapaces de advertir el aspecto humano de

la economía. Alfred Marshall afirmó que “mientras los primeros economistas razonaban sobre la base que el carácter y la eficiencia humanas tenían que ser considerados como un dato fijo, los economistas modernos sostienen constantemente el hecho que el hombre es un producto de las circunstancias bajo las cuales ha vivido” (Marshall, 1890, vol. 1, apénd. B, sec. 7, p. 764). Pero, desde entonces, ¿cuántos economistas modernos realmente han sostenido lo mismo? Incluso en nuestro tipo de economía la producción, por lo general, ha sido explicada como una función del capital físico y del trabajo. Debido a que los trabajadores están agrupados bajo el término único *trabajo*, los seres humanos que laboran han llegado a ser considerados como completos sustitutos el uno del otro y tratados en los talleres sólo como tuercas y pernos. Marshall nos advirtió ya en 1890 que “Adam Smith, si bien insistía en las ventajas generales de esa minuciosa división del trabajo... tuvo, sin embargo, cuidado de indicar numerosos puntos en los que el sistema fracasaba y numerosos males incidentales que involucraba” (ibid., vol. 1, libro 4, cap. 8, sec. 4, p. 246). Sin embargo, desde la época de Adam Smith, o realmente de Bernard Mandeville, incluso nuestro tipo de economista se ha impresionado demasiado por el concepto de la división del trabajo y por eso se ha preocupado excesivamente de este problema. El resultado ha sido el hecho imperdonable de no darse cuenta de que nuestro tipo de economía ha estado produciendo y producirá utilidad o plusvalía, si alguien prefiere el término marxista, en beneficio de nadie más que de la mayoría trabajadora.

Puesto que, según Alfred Marshall (ibid., vol. 1, libro 3, cap. 6 y apénd. K), algunos de nuestros amigos han estado usando el concepto de excedente (surplus) del consumidor, déjenme denominar “excedente del pueblo” (people’s surplus) al excedente que voy a tratar aquí. Por “excedente del pueblo” (people’s surplus) me refiero a que los sueldos y salarios de los trabajadores son mayores que el valor de su productividad marginal, costo que ellos mismos han originado; que los consumidores están adquiriendo utilidades muchos mayores que el importe por el que pagaron; que los propietarios de capital físico o capital financiero están consiguiendo ganancias que son por lo menos iguales a los costos implicados y probablemente mayores. En resumen, que cada miembro de nuestro tipo de economía está obteniendo y obtendrá más y más excedentes del pueblo, si nuestro tipo de capitalismo prospera. Para utilizar la terminología de Marshall, quizás puedo decir que el excedente del pueblo es el “beneficio que (cada individuo) obtiene de sus *oportunidades* o de su *ambiente*” o de su *coyuntura* (ibid., vol. 1, libro 3, cap. 6, sec. 1, pp. 124-125).

Cambio Gestáltico (Gestalt Switch)

Sin embargo, para captar este aspecto de una sociedad libre, bien se puede necesitar un cambio radical en el conocimiento anterior o en el paradigma (lo que Kuhn llamó un cambio gestáltico [gestalt switch]). De

hecho, desde sus comienzos el liberalismo, en nuestro sentido del término, ha sido filosóficamente una afirmación de la necesidad de un cambio en la gestalt (gestalt switch). Como hemos visto en el caso de David Hume, nuestro tipo de liberalismo ha sido la total negación de cualquiera verdad necesaria o de validez universal, ya sea que su origen sea *a priori* o *a posteriori*. Cuando Bernard Mandeville amplió su original poema satírico titulado *The Grumbling Hive* (1705) (La Colmena quejosa) a un libro de dos volúmenes titulado *The Fable of the Bees: or, Private Vices, Public Benefits*, (1714-1728). (La fábula de las Abejas: o, Vicios Privados, Beneficios Públicos), por una parte, afirmó los principios de interés propio y de egolatría con el fin de señalar explícitamente las limitaciones ineludibles del entendimiento, del conocimiento, de las emociones y las decisiones humanas y, por otra parte, analizó históricamente el surgimiento de instituciones tales como la ley, el gobierno, el lenguaje, la moneda, el mercado, la división del trabajo y así sucesivamente, con un enfoque evolucionista y sistemático sin precedentes en la historia de la humanidad. Estos dos temas eran inseparables. El primero proporcionó a su análisis científico histórico-social el fundamento filosófico y metodológico necesario. El último le ayudó a desarrollar la filosofía del liberalismo y del individualismo metodológico.

Si interpretáramos la filosofía de Mandeville, Hume, Ferguson o Smith como un racionalismo crítico, perderíamos su esencia. Por supuesto no era en absoluto la disputa del irracionalismo, el escepticismo o el misticismo. Pero tampoco era un tipo de racionalismo. Era una rebelión de la razón humana contra sí misma. En las palabras de Alfred Whitehead: "Es un gran error concebir esta rebelión histórica como una apelación a la razón. Por el contrario, fue por completo un movimiento antirracionalista" (Whitehead, 1948, p. 8). El principio de egolatría o interés propio no era de ninguna manera la afirmación del egoísmo o del hombre económico (*homo economicus*). Era un intento de mostrar cuán restringidos son los límites de nuestras capacidades para percibir, saber y tomar decisiones. Los académicos antes mencionados no negaron que los seres humanos fueran capaces de ser altruistas, desinteresados, filantrópicos, de considerarse no sólo a sí mismos, sino también a otros y dedicarse a beneficiar a sus semejantes o a la comunidad. Pero, por muy generosos que seamos y cualquiera sea el grado al que sinceramente nos esforcemos alcanzar para proporcionar bienestar a nuestros parientes o conciudadanos, dichos académicos afirmaron que no existe seguridad alguna de que nuestros esfuerzos aumenten en realidad el bienestar de ellos. Y advirtieron que incluso existía el peligro de que, por el contrario, nuestros esfuerzos pudieran empeorar la situación.

El tema central de los pensadores escoceses e ingleses anteriormente mencionados era, en las palabras del profesor Hayek: "Al debatir los efectos combinados de las acciones individuales descubrimos que muchas de las instituciones sobre las cuales descansan los logros humanos han surgido y están funcionando sin una mente que planifique y dirija; que, como lo expresó Adam Ferguson, 'las naciones tropiezan

accidentalmente con instituciones que en efecto son el resultado de la acción del hombre, pero no el resultado de un diseño humano', y que la colaboración espontánea de los hombres libres a menudo crea cosas que son más grandes que lo que sus mentes individuales jamás pueden comprender cabalmente" (Hayek, 1948, págs. 6-7). Además, el punto más importante sobre el cual insistieron fue que, nuevamente en las palabras del profesor Hayek, "el conocimiento de las circunstancias de las cuales tenemos que hacer uso no se da en forma concentrada o integrada sino aislada, como los fragmentos dispersos del conocimiento incompleto, y con frecuencia contradictorio, que poseen todos los individuos por separado" (ibid., pág. 7). Debido al inevitable estado incompleto y a las limitaciones de nuestro conocimiento, también fuertemente influido por nuestras emociones, dichos pensadores llegaron a poner énfasis en que el surgimiento de instituciones como las antes mencionadas, así como también los progresos del conocimiento humano, eran sólo el resultado del método del ensayo y error de innumerables individuos durante un largo tiempo (Cfr. también con Marshall, 1890, v. 1, libro 4, cap. 8, sección 3).

Aun más, el problema fundamental al que nos vemos enfrentados en nuestros intentos por dejar progresar nuestra economía y sociedad tanto como sea humanamente posible, de acuerdo a ellos, no es sólo un asunto de cómo reunir y combinar nuestro conocimiento fragmentado. Como lo señaló el profesor Hayek, esto se debe sobre todo a que nuestro conocimiento de vez en cuando no sólo es contradictorio, sino que también está lejos de ser fiable del modo como lo pensaban los filósofos racionalistas cuando usaron términos como *verdad necesaria*, *validez universal* y *certeza verificada*. La naturaleza básica del problema no se altera para nada si usamos términos popperianos como *verdad contingente*, *hipótesis de trabajo*, *teoremas desfalsadores* (disfalsified), *proposiciones refutadas*, *falsabilidad* y *verosimilitud*. En primer lugar, esto se debe a que, a pesar de que mediante estos términos el profesor Popper efectivamente señaló el inevitable carácter contingente y la naturaleza fundamentalmente hipotética de cualquier tipo de conocimiento, él en forma dogmática implantó, como ya lo había expresado explícitamente en varias ocasiones, su propia teoría o su lógica del descubrimiento científico, postulando que era invariable en el tiempo y capaz de hacer una apreciación neutral de cualquier tipo de teoría comparándola con otras teorías, por una parte, y examinando su falsedad o su verosimilitud en comparación con los hechos, por la otra. En segundo lugar, se debe a que como secuencia natural de su esquema básico, el profesor Popper también postuló la continuidad necesaria del progreso del conocimiento y la conmensurabilidad universal entre todos los diferentes tipos de teorías (Cfr. con Popper, 1934, 1957 y 1963). Lo que los filósofos escoceses e ingleses señalaron no fue en absoluto la certeza de los hechos empíricos como los concibe nuestra intuición, neuronas, o cualesquiera habilidades humanas que existen para la percepción y el entendimiento, sino el carácter inasequible de dicha certeza, así como

el progreso continuo del conocimiento humano. La evolución que tenían en mente no era, de ninguna forma, acumulativa en continuidad lineal o exponencial, sino una evolución de intermitencia creativa.

Es cierto que el profesor Popper ha recalcado, como Mandeville y Hume, que la ciencia consiste en "conjeturas osadas". Pero fue más allá insistiendo en que "he puesto siempre el énfasis en la necesidad de algún dogmatismo: el científico dogmático tiene un papel importante que desempeñar". (Lakatos y Musgrave, 1974, pág. 55.) En otras palabras, pide una aplicación universal e invariable de su lógica del descubrimiento científico, de su criterio de lo que ha denominado demarcación de su principio de la falsabilidad y de su proposición de verosimilitud. Algunas declaraciones hechas por el profesor Popper implican indiscutiblemente contradicciones lógicas. Si pudiéramos romper nuestro esquema, como ha sostenido, ciertamente estaremos fundamental y lógicamente libres de cualquier esquema preconcebido. Sin embargo, ha afirmado al mismo tiempo que la "racionalidad de la ciencia presupone la aceptación de un esquema común" (ibid., p. 56). A pesar de sus más serios y diligentes esfuerzos para hacer explícitas las bases filosóficas y metodológicas de la ciencia, ha estado sin duda influido por la tradición racionalista, que ha caracterizado a la tradición intelectual de Europa continental y tampoco ha logrado liberarse del yugo de la preocupación, llamado la "racionalidad de la ciencia". La "racionalidad de la ciencia", de existir alguna, consiste en un conocimiento de lógica y de falsación. Pero, dado que el procedimiento de falsación requiere de hechos, el criterio indispensable para identificar lo que realmente son hechos, no está en absoluto claro en el sistema del profesor Popper. Es decir, la negación de un criterio tal puede estar más cerca de la verdadera naturaleza de su sistema filosófico-metodológico. Si éste fuera el caso, en esta negación ha sido correcto, porque el procedimiento de nuestro trabajo en la ciencia o en la adquisición de conocimiento es fundamentalmente una "heurística sin criterio".

El profesor Hayek apuntaba al tema crucial cuando afirmó que "agrupar bajo el nombre de 'Ilustración' (o Aufklärung), por una parte, a los filósofos franceses desde Voltaire hasta Condorcet, y por otra, a los pensadores escoceses e ingleses desde Mandeville, pasando por Hume y Adam Smith hasta Edmund Burke, es encubrir diferencias que, por la influencia de estos hombres en el siglo siguiente, eran mucho más importantes que cualquiera similitud superficial que pudiera existir" (Hayek, 1976, pág. 106). Nuevamente, como dice el profesor Hayek, David Hume "volvió contra la 'Ilustración' sus propias armas y se propuso cercenar las exigencias de la razón mediante el uso del análisis racional" (ibid., págs. 106-7). Lo que estos filósofos negaban rotundamente era la certeza no sólo de cualquier razonamiento *a priori*, sino también de cualquier conocimiento *a posteriori*, así como de percepciones y cogniciones inmediatas. Sobre la base de esta negación total, ellos argumentaban, por un lado, que nosotros, como seres humanos, podemos proceder solamente mediante el uso de conjeturas, sin ser capaces de tener

una certidumbre o una verdad necesaria en algún momento dado, y por otro, que precisamente debido a este hecho deberíamos dar libertad a los individuos pues bajo ella la humanidad puede esperar hacer intentos y exploraciones creativas y, en consecuencia, lograr progreso en nuestro conocimiento. No encuentro ningún término mejor que *antirracionalismo* para describir una posición filosófica y metodológica como ésta.

El profesor Popper se ha empeñado en convencer a la gente que cualquiera discusión en el ámbito de la metodología filosófica puede ser finalmente reducida a un problema de lógica. Pero lo que él llama dogmatismo no puede nunca reducirse a la lógica, así como tampoco puede serlo aquello que uno de sus defensores, Imre Lakatos, llama "honestidad científica" (Lakatos y Musgrave, 1974, págs. 92 y 96). Una decisión respecto a "si uno debe o no romper nuestro esquema" (ibid., pág. 56) sólo puede ser un juicio de valor. El profesor Popper está en lo cierto cuando insiste en que una teoría científica está exenta de cualquier juicio de valor, en la medida que se deduzca de un conjunto dado de premisas siguiendo estrictamente las leyes de la lógica, comparando luego hechos falsados. Pero su pertinencia de valor surge tan pronto como escogemos ciertos fenómenos como hechos y ponemos en práctica cualquiera teoría refutada o desfalsada (c.f., ibid., págs. 210 y 260). Cabe hacer notar que, en este contexto, la responsabilidad de todo individuo por sus propios actos surge porque cualquiera acción significa poner en práctica una teoría incierta, que es, a lo más, una mera verdad contingente, y está destinada a influir al mundo real en un mayor o menor grado. El antirracionalismo es una aseveración filosófico-metodológica del método hipotético-deductivo de falsación. También es la ideología del liberalismo, según el sentido que nosotros le demos al término. *Postulamos* el liberalismo (cf. Quine, 1960, págs. 21-22), puesto que no conocemos algo mejor. Estamos comprometiéndonos con el antirracionalismo. Pero éstas no son aserciones de dogmatismo. Estamos muy conscientes de las limitaciones ineludibles de nuestra ideología de libertad. Al mismo tiempo, hacemos proposiciones con contenidos falsables, en el sentido de que, hasta donde sabemos, es lo mejor que podemos hacer. Para que las mentes de las personas puedan trasladarse del mundo del racionalismo al del antirracionalismo o del liberalismo, necesitamos realmente un cambio gestáltico (*gestalt swich*), o un cambio revolucionario de esquemas fundamentales.

La Interacción del Conocimiento

El principal problema que encontramos en nuestro análisis de la sociedad o de la economía no es simplemente explicitar la forma de transmitir, recolectar y combinar el conocimiento fragmentado e imperfecto de los individuos, sino también explicar cómo se genera el conocimiento total de una sociedad (cf. Nadiri, 1970, pág. 1169). El gran aporte de nuestro colega, el Dr. Thomas Sowell, es que en su nuevo libro *Knowledge and Decisions* (1980) trata sobre la producción del

conocimiento con una claridad admirable, identificando lo que hasta aquí se ha denominado transacciones económicas con compras y ventas de conocimiento, y estableciendo el principio de retroalimentación, según el cual podemos evaluar mejor la eficiencia de las actividades económicas, no sólo en el sector privado, sino también en el público. Pero no se puede explicar realmente el conocimiento total, y de hecho, el de cada persona, sin aclarar el proceso de interacción entre los individuos. El conocimiento total de una sociedad no sólo es más amplio que el de cualquier ser humano, sino que también es mayor que la simple suma del conocimiento fragmentado de la totalidad de los miembros de una sociedad. Richard R. Nelson hace notar un punto similar a éste cuando afirma que "el crecimiento es superagregativo en el sentido de que el aumento de los productos provenientes del incremento de los insumos es mayor que la suma de los aumentos de los productos atribuibles al incremento de los insumos" (Nelson, 1981, pág. 1053). Cuanto más libre es una sociedad o una economía, mayor será el resultado de las interacciones del conocimiento casi infinitamente variado de los diferentes individuos.

El individualismo metodológico no es la aserción de que los fenómenos (inclusive de conocimiento) en una sociedad o economía deben reducirse primero a sus unidades constituyentes y, luego, examinarse estrictamente con respecto a cada una de esas unidades. Por el contrario, el individualismo metodológico ha sido, sobre todo, la refutación del principio metodológico llamado atomismo. Este ha estado claro desde Mandeville, pasando por Ferguson y Smith, hasta hoy día. Sin embargo, desde la época de la primera publicación de *La Riqueza de las Naciones*, tanto los partidarios como los contrarios de Adam Smith se han impresionado en demasía por el uso que él da a expresiones tales como "la mano invisible" (Smith, pág. 423) y han frecuentemente ignorado por completo el hecho de que "*La Riqueza de las Naciones*" se aboca nada más que al análisis de esta mano invisible. Quizás a causa de la preocupación por la teoría de la división del trabajo, Mandeville, Hume y Smith han sido inducidos a dividir mecánicamente, el fenómeno que analizan en sus partes y unidades componentes, pasando por alto completamente los problemas de interacción entre ellos y los problemas de las características emanadas de los fenómenos producidos por dichas interacciones.

Como dije anteriormente, la evolución no era continua sino que surgía intermitentemente para Mandeville, Hume, Ferguson o Smith. En 1883 Carl Menger explicó su posición al sostener que:

"La tarea primordial de cada teoría, cualquiera sea el tipo y grado de rigurosidad de conocimiento que pretenda alcanzar, es enseñarnos a comprender los fenómenos concretos del mundo real, como ejemplificaciones de una cierta regularidad en la secuencia intermitente de los fenómenos. Por consiguiente, cada teoría se esfuerza ante todo por hacernos entender los fenómenos complejos, lo que es propio de su campo de inves-

tigación, que son el resultado de la agrupación y de acción recíproca entre todos los factores responsables de su formación original. *Este principio de intermitencia ("emergence") es inseparable del concepto de las ciencias teóricas* (Menger, 1883, pág. 88).

El profesor Hayek afirmó que "esforzarse para lograr ciertos resultados mediante cooperación y organización, es tanto parte de la competencia como de los esfuerzos individuales", y también que "por medio de esfuerzos mutuamente ajustados de muchas personas se utiliza más conocimiento del que cualquier individuo posee o del que es posible sintetizar intelectualmente" (Hayek, 1960, págs. 30 y 37). Muchos economistas han recalcado la importancia de la interacción entre diferentes agentes económicos y de sus ajustes y esfuerzos cooperativos mutuos. Sin embargo, este importante problema ha sido descartado por León Waldras en su mecanismo del "tanteo" (*groping o tantonnement*), también por Alfred Marshall en sus análisis de equilibrio parciales, y por sus discípulos en "estática comparativa", "dinámica comparativa", "métodos estocásticos", "la reducción del problema de incertidumbre al de una elección entre un número finito de alternativas", "la introducción de un parámetro libre de una forma u otra", "aprendizaje óptimo del cuadrado mínimo" (optimal least squared learning) y así sucesivamente (cf. e. g., Walras, 1954; Marshall, 1890; Kicks, 1946, Samuelson, 1965; Debreu, 1959; Arrow y Hahn, 1971; y Lucas, 1981).

Simpatizo mucho con el esfuerzo actual de la escuela de la hipótesis de las expectativas racionales. Sin embargo, me temo que esta escuela está resucitando al "hombre económico" al desatender completamente los problemas de interacción, de ajuste mutuo y de retroalimentación entre informaciones diferentes, que son indispensables para formar expectativas que pueden ser consideradas en forma significativa como racionales, y al pasar por alto los problemas insertos en el mercado de la información. Thomas Sowell subrayó que "el ataque sorpresivo a Pearl Harbor tuvo éxito a pesar del hecho de que la Secretaría de Guerra en Washington conoció la inminencia del ataque horas antes de que aconteciera" (Sowell, 1980, pág. 4). Bien puede haber sido éste el caso. Sin embargo, en una forma más dramática, los japoneses formaron una expectativa racional, en el sentido único de la escuela contemporánea de la hipótesis de las expectativas racionales, de que Japón ganaría la guerra gracias al control total que tenía el gobierno japonés del mercado de la información. Realmente puede existir algo como una ignorancia racional, como dijo irónicamente una vez el profesor George Stiegler. Ningún ser humano será capaz de adquirir nunca un conocimiento perfecto, en el sentido de que este conocimiento sea suficiente para permitirle llevar a cabo los planes para sus propias actividades económicas sin necesidad de ajustes posteriores, incluso dentro del esquema de los teóricos de las expectativas racionales, quienes permiten otras incertidumbres fuera de las variables creadas por políticas fiscales y monetarias. Una cosa es decir que el mecanismo de los precios sea una

red eficiente de transmisión de información, que sepamos, la más eficiente, y otra es sostener que este mecanismo va a proporcionar siempre la información necesaria y suficiente a cada agente económico. Tampoco podemos evadir el problema implícito, cuando afirmamos que la información necesaria y suficiente para las necesidades individuales de las personas se genera por la competencia. No debemos nunca utilizar el término *competencia* de una manera tan mística como muchos lo hacemos al citar "la mano invisible" de Adam Smith.

Además, al destacar la importancia de la competencia, aquellos que creen en nuestro tipo de liberalismo no tienen primeramente en cuenta las rivalidades personales entre los individuos, sino la competencia entre diferentes instituciones, programas y teorías. Los adversarios del liberalismo frecuentemente han criticado a este último por ser la afirmación de la supervivencia de los más aptos, la ley de la selva o un mundo en el cual el débil se convierte en víctima del fuerte. Sin embargo, la verdad es que cuando fomentamos la competencia entre las diferentes empresas, sostenemos que esto producirá mejores beneficios para el débil, llamado consumidor. Cuando algunos de nosotros proponemos el sistema de bonos de matrícula, estamos tratando de ayudar al débil: estudiantes, alumnos y sus padres, permitiendo que las escuelas y los profesores compitan entre sí. Al exigir la abolición de los programas nacionales de seguro médico existentes, procuramos obtener, en consideración al débil: pacientes e incapacitados, mejoramientos tanto en la calidad como en los costos del servicio médico. Al intentar disminuir la esfera de acción del Estado, estamos tratando de salvar al débil, el público, de reiterada coerción en nombre de la democracia. El despotismo nuevamente imperará en todo el mundo, precisamente porque la democracia, imbuida de varios tipos de racionalismo, ha degenerado en un mero principio de gobierno de la mayoría, el cual ha sido fortalecido por la ideología del Estado intervencionista. La nueva autoridad es una vez más la voluntad arbitraria de personas determinadas, llamadas grupos de intereses particulares, de forma muy similar a lo que fue sólo la voluntad personal de los señores durante el período feudal.

Para impedir que caigamos nuevamente en una época de un gobierno absoluto desde arriba (o desde abajo en el sentido de que los grupos de intereses particulares se apoderan cada vez más de la autoridad) necesitamos cambios fundamentales en nuestro esquema básico, en nuestro programa de investigación, en nuestra cultura general o en nuestra "gestalt". Hay que admitir que es extremadamente difícil analizar las interacciones entre las personas. Sin embargo, la teoría de la división del trabajo o de la competencia, por sí sola, nunca podrá analizar las propiedades emergentes de los fenómenos sociales, producidos por las interacciones entre individuos imperfectos y limitados. ¿Por qué tenemos que huir asustados de los problemas importantes de la cooperación y el trabajo en equipo? En realidad sólo en una sociedad libre surgen, espontáneamente, en forma característica, la cooperación y el trabajo en equipo, basados en individuos enérgicos y responsables.

Aquellos que creen en el liberalismo, en el sentido original del término, cometen una equivocación irreparable al considerar las relaciones orgánicas entre diferentes individuos como contrarias a una sociedad libre y, además, propias de la antigua "gemeinschaft" (o de la paternalista comunidad feudal). Y es un error injustificable agrupar a los individuos que trabajan en un solo tipo de trabajo, considerándolos como completos sustitutos mutuos y negando importantes elementos complementarios que existen entre ellos. La educación, en su primera fase, procura lograr que las personas compartan un esquema común, pero su objetivo fundamental es desarrollar la potencialidad única de cada persona individual, como es el caso de los programas de perfeccionamiento tanto en el trabajo como fuera de éste, para formar así individuos que se complementen cada vez más entre sí. A medida que los individuos reciben una mejor educación y adquieren mayor preparación y experiencia, casi siempre aumentan su fuerza de trabajo, si se aplica el término marxista, o su productividad. Pero el aspecto más maravilloso de una sociedad libre es que en ella todos los individuos llegan a gozar de mayores utilidades que las de su propia productividad, gracias a las interacciones entre ellos, así como también gracias a la cooperación y al trabajo en equipo. Sin cooperación y trabajo en equipo espontáneos, ¿cómo podemos esperar que el conocimiento que posee solamente "el hombre en el lugar indicado" (the man on the spot) (Hayek, 1948, pág. 83) sea aprovechado en su grado máximo? Nuestra economía debe dirigir sus principales esfuerzos de análisis al conocimiento, la información, las expectativas o la eficiencia, las que pueden generarse en grado máximo sólo mediante la interacción, la cooperación y el trabajo en equipo entre los diferentes individuos en una sociedad libre. A fin de permitir que nuestra economía pueda cumplir este objetivo, sin embargo, parece necesario que tenga lugar un cambio en su "gestalt" o en su esquema fundamental, el cual caracterizaba a nuestra economía como capitalismo, específicamente como "capitalismo físico" (en el sentido de que analizaba la productividad sólo en términos de la relación con los bienes de capital físicos o, en el mejor de los casos, de educación y especialización, pero nunca en términos de los efectos de la interacción producidos por la cooperación y el trabajo en equipo de los trabajadores individuales), por el esquema del capitalismo humano.

Sea como fuere, es asombroso que al analizar la metodología científica, la lógica de la investigación científica o el aumento del conocimiento científico, los filósofos contemporáneos tales como Popper, Kuhn, Lakatos y Fayerabend demuestran una total falta de interés en analizar con seriedad el proceso de la interacción entre diferentes teorías, programas de investigación, esquemas fundamentales, o "gestalts", a pesar de que casi todos ellos hacen algunos comentarios acerca de la importancia de este problema de la interacción (por ejemplo, Lakatos y Musgrave, 1974, págs. 57, 138 a 159, y 208; para la importancia de la interacción, cf., por ejemplo, Becker, 1976, pág. 820). Esta extraña acti-

tud puede indicar que, a pesar de todo, el trabajo de estos filósofos es básicamente parasítico con respecto al que ya han realizado los científicos.

No Explotación sino Excedente

Cuando reflexionamos sobre la larga historia del capitalismo, no podemos negar, creo, que ha habido casi innumerables casos de explotación, como lo afirmaron no sólo Karl Marx y sus seguidores, sino también aquellos que no necesariamente comparten la ideología de los marxistas. Fue, por ejemplo, Henri Pirenne quien, en una brillante historia de la Europa medieval describió "la naturaleza del gran comercio y de la industria capitalista", la cual "inevitablemente condenó (a las personas de la clase asalariada) a la inseguridad... y al infortunio de crisis y paros" (Pirenne, 1938, pág. 203). Ha sido bastante común entre los intelectuales durante el último siglo aseverar que el modo de producción capitalista fue posible solamente porque los trabajadores fueron separados de los medios de producción y obligados a vender su fuerza de trabajo a los dueños del capital (cf., por ejemplo, Mattick, 1969, pág. 38). Al analizar la estrecha, si no inseparable relación, entre la ética puritana y las virtudes capitalistas, R. H. Tawney concluyó que "el individualismo en la religión condujo inconscientemente, si no en forma bastante lógica, a una moralidad individualista, y ésta a un descrédito de la significación de la estructura social comparada con el carácter personal" (Tawney, 1926, pág. 254). Joseph A. Schumpeter, un miembro eminente, pero quizás no genuino, de la Escuela de Austria, de acuerdo con Enrico Barone y en desacuerdo con L. von Mises, incluso afirmó que, "dado un sistema socialista del tipo en estudio", era "posible llegar a decisiones singularmente determinadas sobre qué producir y cómo, a partir de sus datos y de las reglas del comportamiento racional" (Schumpeter, 1942, pág. 173). Ahora bien, ¿qué quiso decir con tales términos como *dato* o *comportamiento racional*? Este es uno de los problemas principales que he estado tratando hasta ahora. A juicio de Schumpeter, estoy seguro de que el aspecto humano del capitalismo simplemente no existe. A pesar de que, sin duda, al usar el término *comportamiento racional* se estaba refiriendo al de los seres humanos, estaba solamente postulando él de alguna élite omnipotente o el conocimiento perfecto, que no existen en absoluto en nuestro mundo humano. Es verdad que Schumpeter a menudo trataba problemas económicos en términos de "personalidad" y "fuerza de voluntad", pero también insistía en que "el progreso económico tiende a deshumanizarse y automatizarse" (ibid., pág. 133).

Irónicamente, la explotación de los trabajadores siempre es mayor en las primeras etapas del desarrollo capitalista. No creo, por ejemplo, que las vidas terriblemente miserables de los trabajadores pobres descritas con tanto realismo por Charles Dickens puedan atribuirse simplemente a su singular sensibilidad artística. Pero tampoco creo que

esa forma de vida pueda seguir manifestándose en los estadios superiores del capitalismo, como lo predijo Karl Marx. Además, la explotación del público en general fue aun peor durante el periodo del llamado protocapitalismo. Es verdad que la mayoría de los pobres, en esa época, aún vivía en las regiones agrícolas y poseía algunos medios de producción, aunque, sin duda, insuficientes, lo cual no significa que se encontraran en mejores condiciones. El hecho de que los comerciantes capitalistas gozaban de enormes márgenes de ganancias y de interés sólo significa que los pobres fueron explotados en gran medida, no sólo como trabajadores industriales, sino como siervos, arrendatarios agrícolas, consumidores y contribuyentes.

Pirenne describió en forma lírica las condiciones socioeconómicas de Europa durante la era feudal: "Incapaz de producir para vender debido a la falta de mercado, [el señor feudal] no necesitaba poner a prueba su ingenio para arrancar de sus hombres y de su tierra un excedente que solamente sería un estorbo y, como estaba obligado a consumir sus propios productos, se contentaba con limitarlos a sus necesidades". Pero Pirenne también expresó que "los derechos del señor ponían trabas a la actividad individual, en distintos grados, según las personas" (Pirenne, 1938, págs. 64 y 66). A pesar de tales realidades de la servidumbre, el anhelo romántico por la tranquila vida campesina del pasado ha hecho que muchas personas idealicen la situación de la comunidad aldeana. Ferdinand Tonnies es un caso típico. Diferenciando los dos términos, "gemeinschaft" (que correspondía a una comunidad durante la era feudal europea) y "gesellschaft" (que originalmente identificó con el comunismo y, luego, con el socialismo e, incluso, el capitalismo), Tonnies describió sus diferencias diciendo que "en la 'Gemeinschaft' [los seres humanos] permanecen esencialmente unidos a pesar de todos los factores que los separan, mientras que en la 'Gesellschaft' están esencialmente separados a pesar de todos los factores que los unen" (Tonnies, 1957, pág. 65).

La adoración e idealización que sentía Tonnies por la comunidad aldeana feudal no es atípica sino común entre los intelectuales, así como entre las personas que crecieron en áreas rurales y más tarde se mudaron a las ciudades, generalmente por voluntad propia. Extrañan el pasado porque sus personalidades, modos de pensar, emociones, dialectos, etc. se formaron durante la infancia y adolescencia vividas en las áreas rurales. Pero la realidad es a menudo más dura que nuestros recuerdos de las experiencias del pasado. Sin ninguna duda, nuestros sistemas de memoria consciente tienen un mecanismo que elimina nuestras experiencias desagradables y amargas y guarda sólo los recuerdos agradables y favorables. En muchos aspectos la afirmación de Tonnies era incorrecta. La aseveración de que "en la 'Gesellschaft' las personas están esencialmente separadas a pesar de todos los factores que las unen", es sólo su propia definición y no está apoyada por lo que de hecho había y ha ocurrido en la "gesellschaft". El tipo de unidad propio de una familia, de los grupos de parentesco o de una comunidad aldeana feu-

dal efectivamente se pierde en la "gesellschaft". No obstante, a menos que la cooperación y unidad cívicas, así como también el compañerismo y el trabajo en equipo típico de las industrias, sustituyan aquella unión, una sociedad libre o un sistema de libre empresa no funcionarán bien y, en consecuencia, difícilmente podrán progresar sin tropiezos. La falta de reconocimiento de estos hechos no se limita sólo a los intelectuales como Tonnies, pues incluso se da a menudo entre nuestros tipos de economistas o científicos sociales, precisamente porque están preocupados del concepto de Smith sobre la división del trabajo, así como también del principio de Popper sobre la falsibilidad o verosimilitud, que insiste en la identificabilidad de los hechos y en su liberación de cualquier clase de juicio de valor o coerción intrateórico. En una sociedad libre y en nuestro tipo de capitalismo, los individuos están mucho más unidos entre sí que en la "gemeinschaft". Lo que caracteriza realmente a la diferencia entre las relaciones humanas de la "gemeinschaft" y de la "gesellschaft" es que, mientras que en la primera de las relaciones entre los diferentes individuos no sólo son informales, sino que casi siempre están sujetas a los caprichos de alguna autoridad, en la segunda las relaciones son formalizadas en gran medida por la ley y otras instituciones cívicas y están sometidas a las reglas del Derecho. Incluso Tonnies admitió que el peligro inherente al poder autoritario de la "gemeinschaft" causaba temor entre los débiles y "esto por sí solo significaría únicamente negación y repudio" (ibíd., pp. 41 a 42).

Una vez más, la errada impresión de que los niños y las mujeres nunca son explotados en sus hogares o en el sistema de vida aldeana de la "gemeinshaft" no se limita a los intelectuales al estilo de Tonnies o a los seguidores de Marx, sino que incluso ha sido sostenida con frecuencia por nuestros economistas. En vista de que en la "gemeinshaft" el valor del trabajo y de los servicios prestados informalmente por los niños y mujeres en el hogar, y también por el pueblo en general, a excepción del de los señores, no se cuantifica en forma explícita, las personas a menudo tienden a pensar que no son en absoluto "explotadas", sino que sólo gozan de los generosos beneficios de la familia y de la "gemeinshaft". No obstante, de hecho, la explotación es a menudo mucho más frecuente y más dura en el hogar y en la "gemeinshaft", precisamente porque los niños y las mujeres en el hogar, y el pueblo en la "gemeinshaft" con frecuencia no están regidos por reglas de Derecho, sino que son gobernados por la arbitraria voluntad de la autoridad, y casi nunca reciben un sueldo u honorarios en retribución por sus trabajos y servicios. La explotación empezó a disminuir cuando se establecieron los derechos fundamentales de los individuos, incluyendo a niños y mujeres, gracias a la aparición de una sociedad libre, cuya vida económica se basa en el sistema de libre empresa. En efecto, es históricamente claro que mientras más se ha desarrollado lo que yo llamo capitalismo humano, es decir, la combinación

de una sociedad libre con un sistema de libre empresa, ha habido menos explotación de las personas en general.

Es, ante todo, gracias al profesor Theodore Schultz y luego, especialmente, gracias a uno de los miembros más brillantes de la Sociedad Mont Pélerin, el profesor Gary S. Becker (debo mencionar también a Jacob Mincer, Donald O. Parsons y Walter Oi, entre muchos otros) que hemos aprendido el concepto de capital humano. Contrariamente a la afirmación habitual de que mientras mayor sea la movilidad del trabajo, más eficiente será la economía, el profesor Becker y otros economistas empezaron a sostener que la movilidad del trabajo bien puede reducirse y volverse rígida cuando las empresas tratan de maximizar sus inversiones de capital (cf., p. ej., Becker, 1975, págs. 29-34; Oi, 1962, p. 544; Parsons, 1972, p. 1140). El punto crucial es que el concepto de capital ya no sólo significa capital físico (y financiero), sino que además implica capital humano. Mientras más inviertan las empresas en capital humano, con el fin de maximizar sus inversiones de capital, en el sentido más amplio de la palabra, mayor será la necesidad de conservar el capital humano, en la misma medida que las inversiones de capital físico. En este contexto, es interesante y un tanto gracioso recordar que Karl Marx afirma en *El Capital*: "al transformar su dinero en bienes que sirven como elemento material para un nuevo producto y como factores en el proceso laboral, incorporando el trabajo vivo a su naturaleza inanimada, el capitalista convierte al mismo tiempo valor, es decir, trabajo anterior, materializado e inanimado, en capital, en valor cargado de valor, un monstruo vivo y fecundo que se multiplica" (Marx, 1887, p. 195). Marx no se equivocó al igualar capital físico con trabajo materializado. El haberlo hecho, nos ayudó a comprender la principal característica del capital físico. En realidad, es el capital humano el que se ha materializado en capital físico, no sólo mediante el trabajo, sino mediante la creación y la innovación de dicho capital, así como también por su administración y su operación. En síntesis, lo que se ha llamado capital, es ante todo, sólo capital humano, y puede y debe reducirse fundamentalmente a capital humano en nuestros análisis sobre el capitalismo. He aquí una razón para llamarlo capitalismo humano.

Además de la educación que las personas han adquirido y puedan adquirir, las empresas les proporcionan capacitación, tanto en el lugar de trabajo como fuera de él y, además, experiencia. Estas actividades empresariales en el sector privado constituyen una parte de su inversión en capital humano. Sin embargo, es incorrecto asegurar que mientras las empresas proporcionan a los trabajadores capacitación especial a sus expensas (debido a que la "capacitación absolutamente especial" en particular "no tiene efectos, que podrían ser útiles para otras empresas, en la productividad de los aprendices" [Becker, 1955, p. 26]) ellas dan a los trabajadores capacitación general sólo a expensas de dichos trabajadores (especialmente porque la capacitación completamente general sería igualmente útil en muchas empresas y los productos marginales au-

mentarían en la misma proporción para todos ellos [ibid., p. 20]). Esto se debe a que la capacitación es en gran medida función, no sólo de la educación que los trabajadores hayan adquirido, y que muchos adquieren por sus propios medios, sino también de la capacitación general que la empresa pueda darles. Por cuanto el tipo de capacitación especial que una firma proporciona a los trabajadores requiere un tipo de capacitación general que los trabajadores no han adquirido, y en vista de que el valor actual de las utilidades esperadas de las inversiones tanto en capacitación especial como en la necesaria capacitación general, excede los costos comprometidos en tales inversiones, las empresas bien podrían cargar con esos costos y dar ambos tipos de capacitaciones a los trabajadores. Además, el trabajo rotativo, que permite a los trabajadores experimentar una serie de trabajos distintos dentro de la empresa, a menudo proporciona a dichos individuos una capacitación, tanto general como especial, en el lugar de trabajo, mucho mayor que la especialización propia de la división mecánica del trabajo. Por otra parte, de esta forma los trabajadores no sólo pueden ser rescatados del aburrimiento propio de la especialización, y de su consiguiente alienación, al enfrentar nuevos desafíos en dicha rotación de trabajo, sino que también llegarán a producir cada vez mejores equipos de trabajo (por la interacción de personas y equipos de trabajo, c. f. Leibenstein, 1979, Radner y Marschak, 1972) a medida que ellos conozcan los trabajos de sus compañeros de labor. Al mismo tiempo, pueden desarrollar tanto una identificación como una motivación con su trabajo cada vez más fuertes, a medida que entiendan cada vez mejor el panorama global del proceso de producción y la administración comercial involucrada en él. Así mismo, comprenderán cada vez más, tanto la importancia de sus trabajos dentro del cuadro total como su propia significación.

Si no se desarrolla un trabajo en equipo de esta naturaleza entre los trabajadores, ¿cómo podemos esperar transmitir el conocimiento y las informaciones que conocen sólo los "hombres en el lugar indicado" (the man on the spot) (Hayek, 1943, p. 83) o abrigar esperanzas de que las calidades de las diversas partes de los productos y de las combinaciones de esas partes sean controladas y se mantengan a un cierto nivel en cada lugar? El profesor Hayek tuvo mucha razón al recalcar que "prácticamente todo individuo está en cierta ventaja en relación con los demás porque posee una información única, que se podría usar en forma provechosa, pero de la cual se puede hacer uso solamente si las decisiones que de ella dependen se dejan en manos de dicho individuo o si se llevan a cabo con su cooperación activa" (ibid., p. 80). Se ha insinuado muchas veces que el mecanismo de precios siempre precede a cualquiera decisión de cualquier agente económico y que proporciona a tales agentes la información requerida en la medida necesaria. Pero este es sólo un aspecto del mecanismo de precios y, por lo tanto, parte de la versión de los hechos. El mecanismo de precios es tanto el resultado de las actividades de los agentes económicos como

el punto de partida de ellos. El mecanismo de precios puede generarse con la participación activa y espontánea de todos los individuos involucrados, ya sean presidentes, gerentes, ingenieros, vendedores, capataces, trabajadores calificados, trabajadores subalternos, principiantes inexpertos u otros. La especialización, combinada con la normalización, la especificación, la simplificación del trabajo, etc., casi siempre implica, y de hecho produce, una organización humana que puede tratar únicamente con problemas conocidos de acuerdo con planes preconcebidos. Sin embargo, los crecientes problemas que enfrentan las empresas a raíz del rápido surgimiento de diversas innovaciones, nunca se habían conocido anteriormente. A menos que desarrollemos organizaciones heurísticas que tengan la habilidad de solucionar aquellos problemas desconocidos y nuevos, y que estén libres de las rigideces del conocimiento ya establecido, de los hábitos, costumbres y maneras de enfocar las cosas y de pensar, no seremos capaces de abordar el sinnúmero de problemas completamente nuevos que están empezando a vislumbrarse para el próximo siglo. De este modo, es importante recordar que nuestra afirmación de una sociedad libre y de un sistema de libre empresa ha sido, fundamentalmente, la de una organización heurística, aunque a escala gigantesca.

John R. Hicks, representando a la mayoría de los economistas contemporáneos, declaró que "la ley de productividad marginal es considerada, por la mayoría de los economistas modernos el principio más importante de la teoría del salario" o, dicho de otro modo, que "el único salario que permite un equilibrio es el salario que iguala al valor del producto marginal de los trabajadores" (Hicks, 1932, págs. 9 y 8). Sin embargo, desde el punto de vista del capitalismo humano, Hicks está equivocado; si con el valor del producto marginal se refirió al producto marginal real de un trabajador, el salario puede ser menor. Esto se debe a que el producto marginal real de ese trabajador bien puede ser el resultado no sólo de la educación y capacitación adquirida por sus propios medios, sino también de la capacitación general y especial otorgada por la empresa en el lugar de trabajo y fuera de él. Además, parte del producto marginal real puede ser fruto del trabajo en equipo con otros trabajadores. Si, por el contrario, Hicks quiso decir que el valor del producto marginal del trabajador significa sólo el valor de aquella parte de la capacitación adquirida por sus propios medios, su salario podría ser más alto y, a menudo, mucho más alto. En esto consiste el principio del llamado excedente popular. Además, en estado de equilibrio, su salario bien puede ser igual al valor de su producto marginal real, a pesar de que en ese caso la empresa recupera solamente los costos totales en que ha incurrido por la inversión de su capital humano en el trabajador, bajo la forma de capacitación general y especial dentro y fuera del lugar de trabajo, y de rotación de trabajo.

La inversión en capital humano no se limita a la educación, a la capacitación y a proporcionar experiencia a los trabajadores, sino que puede también incluir el suministro de servicios como hospitales, cen-

tros asistenciales de salud, habitación, centros de recreación, etc. Dado que las inversiones en capital humano realizadas por las empresas aumentan los valores de la productividad marginal real de los trabajadores, y en vista de que el valor actual de las futuras utilidades previstas de esas inversiones excede o iguala a los costos totales involucrados, las empresas también pueden comprometerse a efectuar tales inversiones. Sin embargo, este tipo de prácticas ha sido muchas veces considerada, incluso por nuestros economistas, un paternalismo típico de países subdesarrollados. Por ejemplo, el profesor Becker sostiene que "el paternalismo tan frecuente en los empleadores de los países subdesarrollados ha sido muchas veces aceptado como evidencia de la diferencia de temperamento entre Oriente y Occidente" y que "una interpretación alternativa sugerida por nuestro análisis es... (que) el 'paternalismo' puede ser sencillamente una forma de invertir en la salud y el bienestar de los países subdesarrollados" (Becker, 1975, p. 43). En la medida que tales empresas no hagan inversiones de capital humano a expensas de los trabajadores, sino a expensas de ellas mismas, dichas prácticas no deben ser consideradas paternalistas, sino totalmente naturales en empresas de una sociedad libre y de un sistema de libre empresa. Verdaderamente, ¿quién es más paternalista, un estado benefactor, en el cual las políticas de bienestar social son llevadas a cabo por un pequeño grupo de elegidos a expensas del público en general, o una sociedad libre, en la cual las decisiones de bienestar son tomadas internamente tanto por los propios ciudadanos como por las empresas privadas? La última es muchísimo más eficaz, tanto en lo que se refiere a proporcionar programas de bienestar a las personas, como al aumento del ingreso real y del bienestar de las mismas. No tendría para qué repetir que una de las razones de tales resultados consiste en que en ese caso el excedente popular será maximizado, al nivel más alto que humanamente pueda alcanzarse. En todo caso, los procedimientos que he mencionado constituyen, espero, parte de la esencia del capitalismo humano.

Conclusión

En las dos últimas décadas del siglo veinte, nos vemos enfrentados a una cantidad de serios problemas que parecen extremadamente difíciles de resolver, si no insuperables y que, de tiempo en tiempo, están provocando absoluta desesperación: problemas tales como la reducción de las fuentes de energía convencionales, la declinación de la productividad laboral y, por lo tanto, de la tasa de crecimiento en términos reales, especialmente en los países desarrollados, las deudas y los gastos crecientes del Estado, el consiguiente aumento de los impuestos, la enorme y risible cantidad de beneficiarios de diversos subsidios gubernamentales, quienes simultáneamente pagan impuestos por ellos, la disminución de nuevos inventos e innovaciones, etc. Sin embargo, no es imposible superar y encontrar soluciones a estos problemas. El Club de Roma se equivoca al establecer los límites de crecimiento en la insostenible hipótesis de una imposibilidad de superar

tales problemas. De hecho, en cierta forma, la historia de la humanidad ha sido una serie de crisis de disminución de recursos disponibles y de lo que parecía ser la calle sin salida o término del crecimiento e, incluso, de la civilización y la sociedad humanas. Sin embargo, la humanidad ha sobrevivido con éxito a todos esos peligros y ha logrado alcanzar el actual nivel de prosperidad, bienestar y cultura. La humanidad puede definitivamente continuar creando nuevas civilizaciones y culturas si se da cuenta de los diversos potenciales que pueden estar ocultos en las fronteras aún desconocidas de la sociedad humana. Sin embargo, con el fin de que seamos capaces de lograr todo esto, debemos cambiar fundamentalmente nuestra forma de enfocar las cosas y de pensar, desechando el capitalismo físico en pos del capitalismo humano, que por sí solo permitirá a la humanidad disfrutar de una creatividad, libertad y prosperidad futuras.

BIBLIOGRAFIA

- ARROW, KENNETH J., y HAHN, F. H. 1971. *General Competitive Analysis*. San Francisco: Holden-Day.
- BECKER, GARY S. 1975. *Human Capital*. 2ª Edición. Chicago: University of Chicago Press.
- 1976. "Altruism, Egoism, and Genetic Fitness: Economics and Sociobiology." *Journal of Economic Literature* 14: 817-26.
- DEBREU, GERARD. 1959. *The Theory of Value*. New York: John Wiley Sons.
- DEVRIES, JAN. 1976. *The Economy of Europe in an Age of Crisis, 1600-1750*. New York: Cambridge University Press.
- EASTON, STEWART C. 1952. *Roger Bacon and His Search for a Universal Science*. New York: Columbia University Press.
- FEYERABEND, PAUL. 1975. *Against Method*. London: Verso.
- HARRIS, C. R. S. S. 1959. *Duns Scotus*. New York: Humanities Press.
- HAYEK, F. A. 1948. *Individualism and Economic Order*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1952. *The Sensory Order. An Inquiry into the Foundations of Theoretical Psychology*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1960. *The Constitution of Liberty*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1967. *Studies in Philosophy, Politics and Economics*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1973. *Law, Legislation and Liberty: Rules and Order*. Volumen I. Chicago: University of Chicago Press.
- HICKS, JOHN R. 1932. *The Theory of Wages*. London: Macmillan & Co.
- 1946. *Value and Capital*. 2ª Edición. Oxford: Clarendon Press.
- HUME, DAVID. 1748, 1751. *An Enquiry Concerning Human Understanding and Concerning the Principles of Morals*. Oxford: Clarendon Press, 1955.
- KUHN, THOMAS S. 1970. *The Structure of Scientific Revolution*. 2ª Edición, aumentada. Chicago: University of Chicago Press.
- LAKATOS, IMRE, and MUSGRAVE, ALAN, eds. 1974. *Criticism and the Growth of Knowledge*. 2ª Edición corregida. New York: Cambridge University Press.
- LEIBENSTEIN, HARVEY. 1979. "A Branch of Economics Is Missing: Micro-Micro Theory." *Journal of Economic Literature* 18: 474-502.

- LUCAS, ROBERT E. 1981. *Studies in Business-Cycle Theory*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- MANDEVILLE, BERNARD. 1705. *The Grumblig Hive. Or, Knaves Turn'd Honest*. London: A. Baldwin.
- 1714, 1730. *The Fable of the Bees Or, Private Vices, Public Benefits*. Volumen 1. London: J. Jonson, 1714; volumen 2. London: J. Roberts, 1730; edición de 2 volúmenes. London: J. Roberts, 1733; comentada por F. B. Kaye. Oxford: Clarendon Press, 1924.
- MARSHALL, ALFRED. 1890. *Principles of Economics*. London: Macmillan.
- MARX, KARL. 1887 *Capital: Moscow: Progress Publisher*. Reproducción de la edición original en inglés.
- MATTICK, PAUL. 1969. *Marx and Keynes: Limits of the Mixed Economy*. Boston: Porter Sargent Publisher.
- MENGER, CARL. 1883. *Untersuchungen über die Methode der Socialwissenschaften, und der politischen Oeconomie insbesondere*. Leipzig: Duncker & Humblot.
- MOODY, ERNEST A. 1935. *The Logic of William of Ockam*. New York: Sheed & Ward.
- NADIRI, M. ISHAQ. 1970. "Some Approaches to the Theory an Measurement of Total Factor Productivity." *Journal of Economic Literature* 8; 1137-177.
- NELSON, RICHARD R. 1981. "Research on Productivity Growth and Differences." *Journal of Economic Literature* 19: 1029-64.
- OI, WALTER Y. 1962. "Labor as a Quasi-Fixed Factor." *Journal of Political Economy* 70: 538-55.
- PARSONS, DONALD O. 1972. "Specific Human Capital: An Aplication to Quit Rates and Layoff Rates." *Journal of Political Economy* 80: 1120-143.
- PIRENNE, HENRI. 1938. *A History of Europe*. Traducida por Bernard Miall. New York; University Book Publisher.
- POPPER, KARL R. 1934. *Logik der Forschung*. Vienna: Julius Springer.
- 1944. *The Poverty of Historicism*. Edición Revisada. London: Routledge & Kegan Paul.
- 1957. *The Logic of Scientific Discovery*. London: Hutchinson & Co.
- 1963. *Conjecture and Refutation: The Growth of Scientific Knowledge*. London: Routledge & Kegan Paul.
- 1974. *The Philosophy of Karl Popper*. Libros 1-2. Editada por F. A. Schilpp, La Salle, Ill.: Open Court.
- 1979. *Objective Knowledge: An evolutionary approach*. Edición revisada. Oxford: Clarendon Press.
- QUINE, WILLIAM VAN ORMAN. 1960. *Word and Object*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- RADNER, ROY, and MARSCHAK, JACOB. 1972. *The Economic Theory of Team*. New York: Yale University Press.
- SAMUELSON, PAUL A. 1965. *Foundations of Economic Analysis*. New York: Harper & Brothers.
- 1950. *Can Capitalism Survive?* New York: Harper & Row. Extractada de Schumpeter, 1942.
- SMITH, ADAM. 1937. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. New York: Modern Library. Primera Publicación 1776.
- SOWELL, THOMAS. 1980. *Knowledge and Decision*. New York: Basic Books.
- TAWNEY, R. H. 1926. *Religion and the Rise of Capitalism*. New York: Harcourt, Brace & Co.

-
- TONNIES, FERDINAND. 1957. *Community & Society: (Gemeinschaft und Gesellschaft)*. Traducida por Charles P. Loomis. East Lansing, Mich.: Michigan State University Press.
- WALRAS, LEON. 1954. *Elements of Pure Economics*. Traducida por William Jaffe. Homewood, Ill.: Richard D. Irwin. First published in 1924.
- WHITEHEAD, ALFRED NORTH. 1948. *Science and the Modern World*. New York: New American Library of World Literature.
- WOLTON, ALLEN. 1962. *Duns Scotus: Philosophical Writings*. New York: Nelson.